

# A la muerte de don José María de Heredia

[Poema - Texto completo.]

Gertrudis Gómez de Avellaneda

*Le poète est semblable aux oiseaux de passage,  
Qui ne battissent point leur nid sur le rivage.*

-Lamartine

Voz pavorosa en funeral lamento,  
desde los mares de mi patria vuela  
a las playas de Iberia; tristemente  
en son confuso la dilata el viento;  
el dulce canto en mi garganta hiela,  
y sombras de dolor viste a mi mente.  
¡Ay!, que esa voz doliente,  
con que su pena América denota  
y en estas playas lanza el océano,  
«Murió -pronuncia- el férvido patriota...»  
«Murió -repite- el trovador cubano»;  
y un eco triste en lontananza gime,  
«¡murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía  
apagar pudo con su soplo helado  
el generoso corazón del vate,  
do tanto fuego de entusiasmo ardía?  
¿No ya en amor se enciende, ni agitado  
de la santa virtud al nombre late?...  
Bien cual cede al embate  
del aquilón el roble erguido,  
así en la fuerza de su edad lozana  
fue por el fallo del destino herido...  
Astro eclipsado en su primer mañana,  
sepúltanle las sombras de la muerte,  
y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡Numen feliz! ¡Nombre divino!  
¡Ídolo puro de las nobles almas!  
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!  
Ya enmudeció tu cisne peregrino...

¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,  
tu sol de fuego, tu brillante cielo?...  
Ostenta, sí, tu duelo;  
que en ti rodó su venturosa cuna,  
por ti clamaba en el destierro impío,  
y hoy condena la pérfida fortuna  
a suelo extraño su cadáver frío,  
do tus arroyos, ¡ay!, con su murmullo  
no darán a su sueño blando arrullo.

¡Silencio!, de sus hados la fiereza  
no recordemos en la tumba helada  
que lo defiende de la injusta suerte.  
Ya reclinó su lánguida cabeza  
-de genio y desventuras abrumada-  
en el inmóvil seno de la muerte.  
¿Qué importa al polvo inerte,  
que torna a su elemento primitivo,  
ser en este lugar o en otro hollado?  
¿Yace con él el pensamiento altivo?...  
Que el vulgo de los hombres, asombrado  
tiemble al alzar la eternidad su velo;  
mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,  
ni roba al sol su luz la noche oscura,  
ni se conoce de la tierra el lloro...  
Allí el amor y la virtud proclaman  
espíritus vestidos de luz pura,  
que cantan el hosanna en arpas de oro.  
Allí el raudal sonoro  
sin cesar corre de aguas misteriosas,  
para apagar la sed que enciende al alma  
-sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,  
nunca este mundo satisface o calma-.  
Allí jamás la gloria se mancilla,  
y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?  
El amor inconstante; la esperanza,  
engañosa visión que lo extravía;  
tal vez los vanos ecos de un renombre  
que con desvelos y dolor alcanza;  
el mentido poder; la amistad fría;  
y el venidero día  
-cual el que expira breve y pasajero-  
al abismo corriendo del olvido...  
Y el placer, cual relámpago ligero,

de tempestades y pavor seguido...  
Y mil proyectos que medita a solas,  
fundados, ¡ay!, sobre agitadas olas.

De verte ufano, en el umbral del mundo  
el ángel de la hermosa poesía  
te alzó en sus brazos y encendió tu mente,  
y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo  
que tu sublime espíritu oprimía,  
y en alas vuelas de tu genio ardiente.  
No más, no más lamente  
destino tal nuestra ternura ciega,  
ni la importuna queja al cielo suba...  
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,  
su espíritu al Señor, su gloria a Cuba;  
¡que el genio, como el sol, llega a su ocaso,  
dejando un rastro fúlgido su paso!